



de de  
**LA**  
**HABITACIÓN**  
de DE LAS de  
**MARAVILLAS**

de de  
**JULIEN SANDREL**

  
ESPASA

Para mi

JULIEN SANDREL

LA HABITACIÓN DE LAS MARAVILLAS

Traducción de Juan Camargo

  
ESPASA

Título original: *La chambre des merveilles*

© Calmann-Lévy, 2018

© por la traducción, Juan Camargo, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Por esta edición:

Espasa Libros, S. L. U., 2019

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.espasa.com](http://www.espasa.com)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición: mayo de 2019

ISBN: 978-84-670-5587-0

Depósito legal: B. 8.948-2019

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Liberdúplex S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

# 1

10 H 32 MIN

—Louis, ¡que es la hora! Venga, no te lo repito más, por favor, levántate y vístete, que no quiero llegar con la lengua fuera y ya son las nueve y veinte.

Fue más o menos así como empezó lo que iba a convertirse en el peor día de toda mi vida. Aún no lo sabía, pero habría un antes y un después de ese sábado 7 de febrero de 2017 a las 10 horas y 32 minutos. Siempre habría ese antes, ese minuto anterior que desearía detener de forma eterna, esas sonrisas, esas alegrías fugaces, esas fotografías grabadas en los oscuros pliegues de mi cerebro. Siempre habría ese después, esos «porqués», esos «si hubiese», esas lágrimas, esos gritos, ese rímel carísimo por mis mejillas, esas sirenas estridentes, esas miradas llenas de asquerosa compasión, esas convulsiones incontrolables de mi abdomen, que se negaba a aceptarlo. Todo aquello, por supuesto, me resultaba entonces inescrutable, un secreto que sólo los dioses —si existían, de lo cual tenía serias dudas— podían conocer. ¿Qué decían en ese momento, a las 9 horas y 20 minutos, aquellas divinidades?

Uno más, uno menos, ¿qué importa? ¿Estás seguro? No siempre, pero ¿qué más da? Es cierto que, después de todo, qué más da, eso no cambiará la faz de la Tierra. Yo estaba muy lejos de todo eso, lejos de los dioses, lejos de mi corazón. Yo era sólo yo, en ese instante preciso tan cercano al momento del vuelco, de la ruptura, del punto sin retorno. Yo era yo, y echaba pestes de Louis, quien definitivamente no ponía nada de su parte.

Entonces me decía que aquel crío me estaba volviendo loca. Hacía media hora que me desgañitaba para arrancarlo de la cama, pero ni por éstas. Habíamos quedado con mi madre a mediodía para nuestro *brunch* — mi calvario mensual —, y había contado con pasar antes por el boulevard Haussmann para comprarme esos zapatos de tacón rojo sangre con los que fantaseaba desde que habían empezado las rebajas. Quería lucirlos el lunes durante la reunión con el Gran Jefazo de Hégémonie, el grupo empresarial de cosméticos para el que trabajaba día y noche desde hacía quince años. Dirigía un equipo de veinte personas consagradas a la noble causa de la elaboración de anuncios e innovaciones de una marca de champús que quitaban hasta un 100 % de la caspa —el «hasta» significaba que una de las doscientas participantes del ensayo había visto su melena completamente libre de descamaciones—. Una de las cosas de las que me enorgullecía en esa época era haber logrado, después de arduas batallas con el servicio jurídico de Hégémonie, utilizar aquel argumento. Crucial para las ventas, para

mi subida de sueldo anual, para mis vacaciones de verano con Louis y para mis zapatos nuevos.

Después de algunos gruñidos ininteligibles, Louis se decidió a obedecer, se embutió en unos vaqueros más que apretados y de cintura más que baja, se echó un poco de agua en la cara, tardó cinco minutos en despeinarse hábilmente el pelo, se negó a ponerse un gorro a pesar de la temperatura de aquella mañana glacial, masculló algunos retazos de conversación incomprensibles pero cuyo contenido me sabía (pero por qué tengo que ir contigo...), se caló las gafas de sol, agarró su monopatín —una tabla sucia, con pintadas en toda su superficie y para la que tenía que comprar ruedas de competición cada dos por tres—, se puso su plumas ultraligero Uniqlo rojo, pilló un paquete de galletas rellenas de chocolate mientras aceptaba soplarse de un trago una bolsita de compota como cuando tenía cinco años, y, por fin, llamó al ascensor. Le eché una ojeada a mi reloj. 10 horas y 21 minutos. Perfecto, todavía teníamos tiempo para cumplir con mi milimetrado programa. Le había añadido más tiempo al ritual de levantarse de Su Excelencia Luis el Mayor dado que tenía una duración completamente aleatoria.

Hacía un tiempo espléndido, un cielo azul de invierno sin una nube. Siempre me ha gustado la luminosidad fría. El cielo nunca me ha parecido más azul ni más puro que cuando viajaba por trabajo a Moscú. Para mí, la capital rusa es la reina del cielo de invierno. París había adoptado un aire moscovita y nos

lanzaba unos guiños deslumbrantes. Una vez fuera de nuestro apartamento del décimo distrito, Louis y yo habíamos empezado a caminar junto al canal Saint-Martin rumbo a la estación del Este, zigzagueando entre familias que paseaban y turistas hipnotizados por el espectáculo de una chalana que pasaba por la esclusa del puente Eugène-Varlin. Yo observaba a Louis, que patinaba a toda pastilla por delante. Estaba orgullosa de aquel hombrecito en el que se estaba convirtiendo. Debería habérselo dicho —esa clase de pensamientos se tienen para ser expresados, si no, no sirven para nada—, pero no lo hice. En los últimos tiempos, Louis había cambiado mucho. Un estirón propio de su edad le había hecho pasar de tener el físico de un crío debilucho al de un adolescente de estatura respetable; una pizca de barba se le esbozaba en unos mofletes todavía de niño, aún desprovistos de granos. Una buena apariencia en construcción.

Todo aquello iba demasiado deprisa. Me volví a ver un momento paseando junto al quai de Valmy: un cochecito azul petróleo llevado con la mano derecha; mi móvil, en la mano izquierda. Supongo que aquella visión me hizo esbozar una sonrisa. ¿O bien me la he inventado *a posteriori*? Me falla la memoria, me resulta muy difícil acordarme de mis pensamientos en el transcurso de aquellos instantes, tan importantes, sin embargo. Ojalá pudiese dar marcha atrás unos minutos, prestaría más atención. Ojalá pudiese dar marcha atrás unos meses, unos años, cambiaría tantas cosas...

Oí el sonido ensordecedor de la última canción de

The Weeknd, que Louis había instalado como tono de llamada en mi smartphone. Era JP. Mierda. ¿Por qué me llamaba mi jefe un sábado por la mañana? Por supuesto, ya me había pasado antes, no se puede trabajar en una empresa como Hégémonie sin tener que resolver ciertas cuestiones urgentes. Ahora, cuando pienso en ello, cuando oigo a alguien pronunciar la palabra *urgente*, ésta posee una connotación completamente distinta. Jamás utilizaré tal término para hablar de una presentación que hay que acabar, de un test de consumidores que hay que poner en marcha, de un frasco cuyo diseño hay que aprobar. ¿De qué cuestión urgente estamos hablando exactamente? ¿Quién está en peligro de muerte? En aquel preciso instante, no era consciente de todo esto. Solamente me preguntaba qué cuestión urgente tendría que comunicarme, e intuía que estaba relacionada con la reunión del lunes. Urgencia absoluta, por lo tanto. Vital. Descolgué sin titubear, sin prestar atención apenas a Louis, que había reducido la velocidad y que se había situado a mi lado con evidentes ganas de decirme algo. Le hice señas de que estaba al teléfono, ¿es que no lo veía? Me habló desde su barba incipiente, mascullando, creo, que era importante. Expresando mediante gestos la importancia del tema. Nunca sabré de qué quería hablarme. Estoy segura de que mis últimos pensamientos con respecto a mi hijo fueron pensamientos negativos. Algo relacionado con su necesidad constante de atención, con el hecho de no poder tener un minuto para mí, con su egoísmo de adolescente,



con mi necesidad de respirar un poco, mierda. Creo que la última palabra que apareció en mi cabeza relativa a ese pequeño ser, la carne de mi carne, a quien he acunado miles de horas, con el que he cantado miles de horas, quien me ha dado tantas risas, orgullo y alegría, la última palabra que pronuncié mentalmente en mi oxidado cerebro fue efectivamente la puñetera palabra con eme. Qué vergüenza. Qué injusticia de recuerdo.

Louis resopló ruidosamente, cogió los auriculares rojos que permanecían inactivos hasta aquel momento alrededor de su cuello, se los encasquetó en la cabeza con un gesto demasiado enfático, me espetó que, de todas formas, conmigo siempre pasaba lo mismo, que el curro era lo único que me importaba, luego aceleró los impulsos de su pierna derecha y se lanzó con el monopatín cuesta abajo por la acera. Si yo no hubiese estado hablando por teléfono con JP —la cuestión urgente no era más que un problema con unas diapositivas de PowerPoint que había que rehacer—, hubiese tenido un reflejo de madre, del tipo que nos hace gritar «más despacio, vas demasiado rápido» y que exaspera a cualquier niño que haya superado la etapa infantil, el tipo de advertencia que no sirve para nada en teoría pero que en la práctica siempre puede conseguir despertar una consciencia medio adormecida. El grito ha permanecido en mi cabeza. En Hégémonie no está bien visto tener hijos, aunque la política oficial sea clara: Hégémonie está a favor de la igualdad entre hombres y mujeres, Hégémonie invierte en el éxito de

las mujeres en la sociedad. Entre la teoría, la política oficial, y la práctica, media un abismo: ese otro rostro de la misma organización, esas cosas no dichas que conducen a unos porcentajes ridículamente bajos de mujeres en los consejos de administración de las grandes empresas. Toda mi vida he luchado por acceder a esos altos cargos; por lo tanto, de ninguna manera iba a mostrar instinto maternal alguno en plena conversación de trabajo, ni siquiera un sábado, ni siquiera a las 10 horas y 31 minutos.

Mientras JP me describía con desgana las modificaciones que había que efectuar el domingo mismo, yo le echaba un ojo distraído a Louis, quien iba definitivamente demasiado rápido. Reparé en sus auriculares atornillados hasta las orejas, y me acuerdo con claridad de haberme formulado la esperanza de que no hubiese subido demasiado el volumen, y de que fuera consciente de la velocidad a la que iba. Negué con la cabeza diciéndome que ya era mayor, que debía dejar de preocuparme cada dos por tres por él, por todo, por nada, sobre todo, por nada. Parece increíble todos los pensamientos que se nos ocurren en unos segundos. Parece increíble hasta qué punto unos segundos pueden arraigarse luego dolorosamente en un cerebro.

Última ojeada a la pantalla de mi smartphone, son las 10 horas y 32 minutos. Me digo que he de colgar a JP en tres minutos como máximo, ya que estamos cerca de la estación de metro.

Oigo un ruido sordo que me hace pensar en la sirena de un transatlántico en apuros. Es un camión. Le-

vanto la cabeza y el tiempo se detiene. Estoy sólo a un centenar de metros, pero la algarabía de voces de los transeúntes es tan fuerte que tengo la impresión de estar ya en el lugar. Mi teléfono se rompe contra el suelo. Chillo. Se me dobla una pierna, caigo, me levanto, me quito los tacones, y corro como nunca he corrido. El camión se ha parado ahora. No soy la única que chilla. Una docena de personas, que estaban en una terraza al sol —una hermosa mañana de invierno—, se ha puesto en pie. Un padre le tapa los ojos a su hijo. ¿Qué edad tiene? Cuatro, cinco años probablemente. Esa clase de escena no es para él. Esa clase de escena no se ha mostrado nunca ni siquiera en las películas. A nadie. Como mucho, se puede sugerir. Un poco de pudor en este mundo de bestias, por favor. Me acerco, chillo otra vez, me tiro al suelo, noto cómo me raspo las rodillas, pero no siento el dolor. No ése, en cualquier caso. Louis. Louis. Louis. Louis. Mi amor. Mi vida. ¿Cómo describir lo indescriptible? Un testigo de la escena empleó más tarde el término *loba*. Aullidos de loba a la que están destripando. Me golpeo, arañó el suelo, mi cuerpo tiembla, tengo la cabeza de Louis entre mis manos. Sé que no hay que tocarlo, que no hay que mover nada, pero no puedo. Siempre esa misma diferencia entre la teoría y la realidad. No puedo conformarme con dejarlo en el suelo sin hacer nada. Sin embargo, sujeto su cabeza y no hago otra cosa que esperar llorando, comprobando una y otra vez su respiración. ¿Respira? Respira. Ya no respira. Respira de nuevo. La ayuda llega en un tiempo récord. Un bom-

bero se hace cargo de mí, o más bien trata de despertarme del cuerpo de Louis. Lo abofeteo. Le pido perdón. Me sonrío. Me acuerdo de todo. De sus gestos firmes y suaves a la vez, de su nariz poco agraciada, de su voz tranquilizadora, de sus palabras tan convencionales, de la ambulancia que se aleja. Capto algunos retazos de conversaciones. Urgencias pediátricas. Hospital Robert Debré. Cuidados intensivos. Todo va a ir bien, señora. No, no va a ir bien. Voy a acompañarla. Me desplomo. Me sujeta. Mis músculos, extremadamente tensos desde el accidente, acaban soltándose. Me sientan en una silla del café soleado. Mi cuerpo ya no responde. Se me revuelven las tripas, vomito el desayuno en la mesa de ese bar hípster que se ha vaciado en cuestión de minutos. Me limpio la boca, me bebo un vaso de agua y levanto la cabeza.

Nada ha cambiado a mi alrededor, el cielo sigue estando tan azul, tan puro. Miro mi reloj. Roto, él también. Esfera resquebrajada, agujas detenidas. Testigo inmóvil. Siguen siendo las 10 horas y 32 minutos.